

ADVERTENCIA

Nuestro propósito al publicar este pequeño libro es ofrecer un cuadro general de la literatura sudamericana *reciente* para hacerla conocer de propios y extraños. Todas las Antologías han concedido hasta ahora una atención á nuestro juicio exagerada á los orígenes y se han negado á hablarnos de los escritores jóvenes, que son quizá los únicos que merecen una atención especial, porque la verdadera actividad de las letras en la América Española data de ellos. De ahí que sólo figuren en este libro los escritores de menos de cuarenta años, salvo dos ó tres excepciones que nos han parecido indispensables dado el mérito de los autores ó su influencia sobre la generación actual.

No todos los escritores solicitados por nuestra circular han respondido como hubiéramos deseado. De ahí que falten algunos ¹, que otros tengan una representación insuficiente, que éstos vayan sin datos bio-

1. En una próxima edición añadiremos extractos de la obra de Jesús Semprun (Venezuela), Martínez Vigil (Uruguay), Alfredo C. López (Argentina), etc.

gráficos y que aquéllos en fin figuren con obras que quizá no los caracterizan completamente. Pero la distancia y la dificultad de obtener los documentos indispensables han sido gran obstáculo á la realización de nuestros deseos. En próximas ediciones subsanaremos las deficiencias que se advierten y completaremos la obra, sea añadiendo nuevos capítulos para los que no figuran en ella aún, sea mejorando la representación de algunos países, sea intercalando datos ó páginas que puedan acentuar la fisonomía intelectual de los escritores.

Al emprender esta obra, que es la primera en su género y que viene á llenar un vacío que se hacía sentir, oscilamos entre la idea de reducirla á una veintena de nombres culminantes, ó ensancharla hasta acoger á todos los jóvenes de cierta reputación y de cierto mérito. Pero en atención á que antes de los cuarenta años los hombres valen más por lo que prometen que por lo que realizan, hemos preferido abrir las puertas á todos aquellos que gozan en su país de renombre naciente, aunque pueda haber desigualdad ó desproporción en las vecindades. No ignoramos que al decidir la publicación de esta pequeña antología nos exponemos á algunas censuras. Pero hay trabajos que es necesario acometer resueltamente, atendiendo más al bien general que á las propias conveniencias.

La necesidad de respetar las susceptibilidades de todos los lectores y de mantener una alta imparcialidad, nos ha impuesto la dolorosa obligación de eliminar de dos ó tres composiciones algunas palabras ó frases que hubieran podido parecer fuera de lugar en un libro destinado particularmente á la juventud de las escuelas. Pero estas contadas y ligerísimas supre-

siones, que no comprometen nunca el estilo ó la integridad del pensamiento, tienen que redundar en beneficio de todos, porque al asegurar á la Antología una circulación más grande, dan á cada autor un público más matizado y más vasto.

Con lo dicho basta para dejar entender que no pretendemos presentar un documento irreprochable. Sólo hemos querido agrupar los nombres de los nuevos escritores sudamericanos en un libro manuable que pueda entrar al liceo y á la biblioteca. Los lectores y autores — con los cuales quedamos en comunicación permanente y á quienes agradeceremos todo dato, observación ó consejo que pueda contribuir á mejorar ó completar la obra, — sabrán disculpar, teniendo en cuenta la sinceridad de nuestro esfuerzo, las deficiencias que hallen en esta primera edición. Compuesta con el mayor deseo de imparcialidad y aspirando á ser una síntesis del reciente movimiento intelectual en la América del Sur, ella no alcanzará su forma definitiva hasta que los mismos escritores sudamericanos y el público en general se la hayan dado con su colaboración inteligente.

PREFACIO

Nuestra generación está lanzando en la América del Sur ideas definitivas que se propagarán después y acabarán por formar la conciencia de la región. Una cosecha de hombres resueltos se ha apoderado de la vida y se apresta á darle rumbos. Ha surgido una juventud fundamentalmente emancipada y con personalidad, que no entiende continuar el gesto de los antepasados, sino ensayar el propio. La prehistoria de aquellas naciones ha concluido. Empieza á realizarse el porvenir...

Y si al salir del caos en que nos debatíamos hasta hace poco y al entrar en la evolución, camino de la obra, tenemos los hispanoamericanos el derecho de inquirir cuales serán las bases de la vida nueva en lo que se relaciona con la política; también tenemos el deber de preguntarnos cuales son los antecedentes del gran movimiento intelectual que se diseña y por que trances ha pasado la concepción social y artística que se impone.

Es lo que vamos á ensayar, brevemente, sin multiplicar las citas y sin recurrir á erudiciones de diccio-

nario. En nuestras épocas de síntesis y de deducción el espíritu de los hechos interesa más que los hechos mismos.

I. — LOS ORÍGENES

El movimiento revolucionario que estalló á principios del siglo XIX en las colonias españolas de la América del Sur fué esencialmente económico. La política tuvo muy poco que ver en la emancipación de las comarcas nuevas. Ésta sólo fué determinada por el deseo de comerciar libremente y de acabar con las tarifas y las restricciones que un gobierno central, imbuido en estériles doctrinas añejas, acumulaba pensando contener el desarrollo inquietante de la riqueza regional. Y si algunos ideales políticos, si algunas tentativas de orientación filosófica asomaron y trataron de insinuarse á la favor del entrevero social, sólo consiguieron, — ya lo explicaremos con la debida extensión en un libro — hacer más evidentes las vacilaciones y la incertidumbre portentosa de aquella vasta conmoción, heterogénea como la vida. El descontento de los mercaderes engendró una situación excepcional que se tradujo en insurrección triunfante y modificó la geografía política y la forma de gobierno de una buena parte del mundo; pero si las consecuencias fueron políticas, el origen del sacudimiento no lo fué, como no lo fueron tampoco las primeras reivindicaciones y los propósitos iniciales. Varios años después de haber dado el grito de independencia, nuestros países, todavía insuficientemente preparados para la autonomía y presas de la anarquía inevitable y fecunda de todas las cosas en formación, ignoraban la forma de gobierno que debían adoptar y oscilaban ingenuamente entre la monarquía y la república. El

hecho de que determinadas regiones, no sabiendo que hacer ni como emplear la libertad imprevista que habían alcanzado, solicitaran un príncipe de las casas reinantes de Europa para entregarle el gobierno y coronarle Rey, da una idea del desorden, de la falta de orientación y del pánico que soplabá sobre los cerebros y sobre las conciencias. Aquellos pueblos niños, que hasta entonces habían sido llevados por la mano, se detenían y se arremolinaban, temerosos en el dintel de la vida nueva, desmoralizados ante la urgente necesidad de pensar y dirigirse. Si se proclamó la república en vez de la monarquía fué, según nuestro ilustre historiador D. Bartolomé Mitre, porque la casualidad así lo quiso. Pero las juntas revolucionarias, donde al lado de hombres de ideas liberales figuraban muchos prelados y muchos conservadores irreductibles, no persiguieron en resolución más que una simple emancipación económica.

Claro está que como todas las cosas se corresponden y se encadenan, para sancionar la libertad comercial fué preciso admitir y tolerar otras libertades, aflojando en conjunto la organización autoritaria que el español, guardián celoso de sus privilegios, había mantenido con una obstinación que le fué fatal. Las tentativas de organización, las rivalidades de los jefes, la brusca desaparición de todos los frenos y la desmoralización temporal que traen en sí todas las reedificaciones sociales, despertaron en el pueblo, hicieron apuntar en las conciencias y difundieron en la vida una tendencia á discutir y á comparar las cosas, dando nacimiento á actividades intelectuales que hasta entonces no se habían hecho sentir en esas regiones. El criollo y aun el español sindicado como capaz de simpatizar con él, estaban relegados, bajo la dominación de los

virreyes, á una vida subalterna, hecha de silenciosos acatamientos. Centinelas de la inmovilidad, los delegados del monarca se aplicaban á extinguir todas las chispas que podían producir un resplandor ó despertar á los hombres de su letargo. La vida intelectual incipiente, refugiada en el claustro de los conventos, se reducía á comentarios teológicos y á la lectura de los clásicos que, como Fray Luis de León, no ofrecían ningún peligro. Los hombres que por entonces gobernaban á España, creían que para afianzar la dominación y mantener en las colonias una docilidad sin límites, convenía envolverlas en un arco iris de sombra. Los libros traían según ellos un fermento nocivo que interesaba evitar. De ahí que al romper los viejos moldes y conquistar la independencia, inaugurase, por así decirlo, la América del Sur su vida inteligente.

Pero esta vida no fué un desborde imperioso hacia un fin preconcebido que la tiranía administrativa había tratado de ocultar, como el que determinaría ahora en Rusia, por ejemplo, la desaparición de los censores y el establecimiento de un régimen republicano, sino una simple curiosidad deshilachada, incongruente y diversa en sus propósitos, cuando los tenía.

Es innegable que la Revolución de 1789, la declaración de los derechos del hombre, y las nuevas audacias que habían cambiado la faz del mundo, hallaban una inevitable repercusión en las tierras jóvenes, presas de un movimiento emancipador que, aunque cauteloso y moderado como obra que era de la clase pudiente y conservadora del país, resultaba después de todo una rebelión contra lo establecido. Hasta América tenían que llegar también los resplandores del gran incendio que devoraba á la Europa.

La « burguesía decente » de que habla el historiador D. Vicente Fidel López, necesitaba además la colaboración del pueblo para llevar á cabo y hacer triunfar la sacudida. Pero hay que tener en cuenta que la fiebre había pasado y que lo que corresponde por orden de fechas á la revolución sudamericana no es Termidor, sino el Imperio. El gran ímpetu democrático y filosófico de 1879 había sido atenuado y corregido hasta tomar una forma conciliante y desteñida. Y lo que llegó al nuevo mundo no fué más que un reflejo pálido de lo que pálidamente se estaba extinguiendo en Francia.

La emancipación política y económica no determinó pues en los países que se separaban de España ni un gran florecimiento del espíritu crítico, ni una valiente libertad de pensar, ni un cambio profundo en las costumbres, ni una subversión del orden social, ni una vida fundamentalmente nueva. El gobierno pasó del español españolizante al español regionalista, y esta substitución de un grupo á otro no tiene una importancia intrínseca en el orden de ideas que nos ocupa, más que por lo que hizo posible en el porvenir. Al abrir las puertas y al suprimir las trabas que entorpecían el intercambio de los productos, las Juntas facilitaron el intercambio de los pensamientos. La América del Sur se puso en contacto con la vida del siglo, con el pensamiento universal, y con la historia, comenzó á palpar de acuerdo con los otros pueblos, entró á formar parte de la humanidad, respiró fuerza, y quedó en condiciones de poder crear, á su vez, más tarde, la vida propia y personal que vive ahora.

II. — LA INFLUENCIA ESPAÑOLA

España ha sido siempre una fuerza de reacción. La época en que triunfó en el mundo la intolerancia y la tiranía, marca su momento de apogeo. No queremos decir que el fanatismo y la opresión sean la esencia de su espíritu, pero cabe constatar que, así que Europa empezó á salir de las tinieblas, España declinó en vigor y en importancia. Parece que, sujeta á una concepción de vida y más apta para la paradoja y el ímpetu que para el método experimental, su suerte como nación depende de la boga ó el decaimiento de las ideas madres que la alimentan. Su tipo, su característica, su alma y su belleza especial, residen en cierta noble testarudez que la lleva á seguir vistiendo, en el orden intelectual, los trajes antiguos, como esos orgullosos elegantes de otro régimen que creen prolongar sus triunfos ó revivir sus éxitos, obstinándose en conservar las modas y las palabras en desuso. Y tal es el lazo que ata aún la suerte del país á la de ciertas concepciones, que se puede decir que si por imposible resurgieran éstas, recuperaría España sin tardar su esplendor pasada. La mueca altiva de gran señor con que atraviesa desdeñosamente en medio de la democracia del siglo, el desdén con que asiste al progreso material y á las investigaciones científicas, el orgullo con que se mantiene al margen de la vida moderna, obsesionada por el cetro y el sol de veinte y cuatro horas de su escudo, se tornarían, si fuese posible una restauración de los siglos, en gesto severo y marcial de rey adusto y creyente que sólo se resigna á vivir para preparar la vida eterna, que aprecia más lo que ignora que lo que conoce, y que si no sabe leer, porque esa es tarea de

villanos, sabe firmar pomposamente sus pergaminos con la espada.

De ese carácter español, que no deja de tener sus facetas seductoras, llegó á América, naturalmente, lo menos bueno. Los audaces que se lanzaban á hacer fortuna en las tierras nuevas, no eran, ni con mucho, lo más escogido de la madre patria. Y sus preferencias, sus elecciones en lo que se refiere á la literatura, — elecciones y preferencias que tenían forzosamente que hacer ley y ejercer dominio en un medio cerrado á influencias extrañas, — no fueron los más propios para depurar y dirigir el buen gusto de aquellos pueblos somnolentos que, sea dicho al pasar, tampoco sentían grandes curiosidades ni anunciaban mucha afición á la gimnasia del espíritu.

Cuando la América del Sur conquistó la libertad de aduanas y fué dueña de pedir elementos de vida á las otras naciones, continuó, quizá por la fuerza de la costumbre y del ímpetu adquirido, sacando de España muchas cosas. Es imposible borrar el pasado de un trazo é improvisarse otra existencia. No se reemplaza una cultura, no se metamorfosean las costumbres, no se llega á trocar una vida por otra, mediante un simple cambio de gobierno. Las transformaciones nacionales son obra lenta de los años. Para que se modifique la flora y la fauna de un territorio, hay que empezar por modificar la atmósfera. En la naturaleza no existen las revoluciones más que en forma de catástrofes. Y toda mejora es hija de una evolución.

De suerte que aun después de conquistada la libertad política, siguió ejerciendo España una especie de dictadura moral sobre las jóvenes naciones. El panorama se ensanchó para ellas, porque pudieron abarcar todo lo que se pensaba en la antigua metrópoli y no

una parte insuficiente como bajo el gobierno de los Adelantados. El horizonte cobró, si queréis, una amplitud nacional nueva. Pero siguió adoleciendo de parecidos vicios.

La cultura española, unilateral y basada en la teología, no podía suscitar las cosechas de pensamiento y de audacia que el continente, conmovido aún por el sacudimiento administrativo y ebrio de juventud creadora, tenía el derecho de esperar en aquellas tierras vírgenes que abrían al sol sus promesas de porvenir. Mientras la América del Sur siguió siendo una colonia intelectual de España, la literatura se redujo á un ejercicio alternado de poesías inocentemente amorias y de elegías pesadas y huecas. Los devaneos retóricos de la juventud empezaban en Fray Luis de León y acababan en Argensola. Fué una época estéril en que todo cuanto se escribió tuvo un matiz elemental, declamatorio y pueril de deber de clase de literatura. Pero esos andadores literarios sirvieron para vigorizar el carácter y afianzar el dominio de una lengua que debíamos modificar y flexibilizar después, hasta darle la vivacidad nerviosa, la sabia brevedad, y la armonía sutil que hoy la distingue de la que se emplea comunmente en España.

La influencia española fué á la vez nociva y favorable. Nociva, porque nos retuvo demasiado tiempo en lo que podríamos llamar el « retoricismo », en la vana literatura ceremoniosa y artificial de las epístolas y los juegos florales; favorable, porque además de una lengua rica y sonora, susceptible de ser modificada hasta la perfección, nos dió la exuberancia del gesto y las raíces inapreciables del siglo de oro. Lejos de carecer de obras maestras y de reducirse al *Quijote*, como algunos han afirmado con demasiada precipi-

tación, la literatura española tiene un siglo XVI que puede competir con las épocas más brillantes de los otros países. Y ese pasado glorioso y tentador no ha podido menos que ofrecer una base propicia para edificar nuestro arte de avanzada que, aunque atrevido y moderno, exigía para su equilibrio, la presencia mental de antecedentes robustos y graves, un tanto pesados y somnolentos, pero indiscutiblemente sólidos.

III. — LA INFLUENCIA FRANCESA.

Si la influencia española fué un punto de partida, la influencia francesa fué un punto de contacto donde se encendió el porvenir.

Se puede decir que Francia realizó la conquista de América con sus libros. Los pueblos impacientes de vida, que se alejaban de la vieja España como una bandada de adolescentes de una reunión de abuelas, encontraron en el espíritu cautivante y primaveral de la nación de Enrique IV la expresión de la audacia, de la ironía, de la precisión, de la incredulidad y del fuego que los consumía interiormente. Por una coincidencia difícil de explicar, dado el alejamiento y la falta de intercambio, el pensamiento francés traducía casi todos los matices nacientes del alma sudamericana y se superponía tan exactamente á sus anhelos, que en determinados casos parecía nacido en la región y elaborado por ella. Francia era la libertad política, religiosa, financiera y hasta gramatical; Francia era la vida triunfante, sin prohibiciones ni cortapisas; Francia era el deseo confuso de avanzar, ganando terreno á la noche hasta las cimas más altas que podía concebir el espíritu humano. La América del Sur se dió intelectualmente

á Francia con la ingenuidad de una virgen, se convirtió en su discípulo respetuoso, la imitó hasta en sus errores y, desde lejos, modestamente, consciente de su pequeñez, ató su destino al de aquella nación portentosa que parecía reunir todas las excelencias y realizar todos los sueños.

Esta adhesión incondicional fué á la vez un báculo y una orientación para emprender la marcha hacia la plena vida. Ella le permitió llegar hasta el progreso sin tropezones y reservar para más tarde, cuando pudo existir por sí misma y trabajar en persona la vida independiente que comenzaba á entrever, las fuerzas creadoras y las facultades de juicio acumuladas durante ese comercio.

Francia fué el tutor intelectual de los nuevos países y ellos le deben tantas cosas por el resplandor de ideas con que los calentó durante la primera juventud, que á nadie puede extrañar que hayan perdonado el desdén y la coquetería de la madre orgullosa, inclinada á ignorar el amor de la colonia intelectual nacida espontáneamente del otro lado del océano.

Los beneficios de la influencia francesa fueron, como los de la influencia española, y como todo en la vida, buenos y malos.

La intelectualidad sudamericana cobró una flexibilidad, una amplitud, una frescura, un atrevimiento, una independencia y sobre todo una atrayente novedad de estilo que, aun en aquellas épocas en que la producción literaria era insuficiente y elemental, anuncia la concisión, la brevedad, el matiz y la fuerza de hoy.

El buen gusto, el sentido de la oportunidad, la elegancia y la sutileza para descubrir círculos concéntricos interiores, son características que sólo ofrece la literatura francesa. Transportadas á nuestros países,

renovaron la sangre de la literatura española, diluyeron su pesadez, podaron sus floraciones excesivas y transformaron su aspecto, como una mujer delicada metamorfosea en *boudoir* propicio á la galantería el frío salón vetusto de un castillo con historia. Á esto hay que añadir, como factores excelentes, la claridad en las ideas; la rapidez para tocar y poner á la luz la línea buscada; la lógica ordenación del discurso; el doble sentido crítico que nos hace leer nuestra obra con los ojos del público, adelantándonos á sus objeciones; la seguridad en el rasgo; y sobre todo el método, que hace del arte francés, continuador de Grecia, un conjunto armónico donde, sin excluir la sinceridad, todo se corresponde ceñido por simetrías estudiadas. Ello contribuyó á emancipar, refrescar y modernizar los procedimientos y á remover y sacar á la superficie las reservas ignoradas que dormían en el fondo de nuestra mentalidad, todavía inconsciente de sí misma. Francia entró como una muchacha alegre, abriendo todas las ventanas á la esplendidez del sol. Y su tutela, que se prolonga hasta ahora, — con menor intensidad porque la personalidad de la región se va acumulando progresivamente, — ha sido y es aún tan decisiva, tan indiscutible, tan fundamental, que puede decirse que nuestra literatura moderna está inspirada directamente de Francia.

Pero esa influencia, que ha hecho florecer tantas rosas, ha tenido también sus efectos perniciosos.

Francia es una nación que ha pasado del catolicismo á la plena libertad filosófica sin transiciones y que ha perdido por ende esos puntos de apoyo que pueden ser útiles todavía á los que no se han liberado interiormente. Ahora bien, con ayuda de los especuladores literarios que halagan los apetitos, esta

falta de censura superior, — que en ciudades completamente emancipadas será la gloria y la felicidad del hombre, — ha determinado una vida sexual febril, enfermiza, llena de artificialismos y perversiones y un eclipse, probablemente pasajero, de la moral eterna, que no hay que confundir con la moral admitida. Los pueblos que se han despojado de lo maravilloso y han atenuado la divinidad sin renunciar á sus fundamentos originales, transformándola en conciencia, tienen cierta austeridad de costumbres que Francia, como todos los países de extrema civilización roídos por el epicurismo y por los malos retores, se está complaciendo ahora en desdeñar. De ahí que su arte, maravilloso y atrayente como ninguno, tome con frecuencia el matiz de una nerviosa amoralidad que se da sin reserva á todos los caprichos, y se ríe en general de las ideas fundamentales y necesarias que son la armazón de los grandes pueblos. Á igual distancia de la moral tan absurda como exigua que nos ciñe y de la salvaje libertad de los que pretenden sacrificar la humanidad á sus instintos, hay un grupo de bases durables, un conjunto de axiomas fuertes que serán en el porvenir la espina dorsal de las mentalidades nuevas, desligadas de la superstición y los prejuicios, pero obedientes al mentor de adentro que clasifica el bien y el mal. Esa licencia de una parte de la literatura parisiense, ha ejercido una presión enojosa sobre nuestra intelectualidad naciente que, como guía que será del pueblo de mañana, debe llevar en sí los gérmenes y los elementos de una conciencia nacional depurada y vigorosa.

IV. — OTRAS INFLUENCIAS.

Costa abierta á todas las naciones y á todos los hombres del mundo, la América del Sur no podía limitarse á escuchar la oda española y la balada francesa. Más lejanas, en otro plano, borradas si queréis por la bruma, se aperciben otras influencias que, si no han sido decisivas, han contribuído por lo menos á retocar algunos perfiles y á dar matiz al conjunto. Primero la literatura inglesa, más tarde la italiana y después, cuando entramos de lleno en el movimiento universal, todas las otras han dejado en el iris de nuestros componentes su lágrima de ideal. De ahí nace la diversidad de notas y de tendencias. Pero no hablemos del arte de hoy antes de saber de donde arranca, y reanudemus el hilo de nuestra sucinta exposición.

V. — LOS ESCRITORES DE LA REVOLUCIÓN.

La independencia sudamericana dió nacimiento á una literatura ocasional que sólo tiene un interés histórico. Los que prepararon el estallido mediante consideraciones generales y desenvolvimientos prudentes que escapaban á la vigilancia de la autoridad, y los que á raíz y después del triunfo trataron de dirigirlo y darle fines mediante discursos, proclamas, mensajes ó declaraciones, no tomaban seguramente la pluma pensando en la inmortalidad del arte y en las antologías. Las aventuras excepcionales de que eran teatro aquellos países y la precipitación con que escribían los hombres sitiados por los acontecimientos

y solicitados por la acción, no permitían cuidar las galanuras del estilo ni releer dos veces la misma página. Si algo hay entre lo que por entonces se escribió que merezca salir de la sombra, si algunas páginas alcanzan un valor relativo, sólo lo tienen por la sinceridad, por el fuego y por la fresca ingenuidad que las anima. Pero las órdenes de los cabildos, las abjuraciones de los generales y los discursos de los tribunos están llenos de supervivencias de la literatura oficial de los virreyes y son, con pocas excepciones, documentos declamatorios é incompletos. Para una reminiscencia de la virtud de Roma (« un ciudadano ni ebrio ni dormido debe tener inspiraciones contra la felicidad de su patria ») hubo cien del orgullo y de la verbosidad de la antigua metrópoli. Y no podían ocurrir las cosas de otra suerte, porque todo sistema nuevo se forma con trozos del que suplanta y en América estaban todavía muy á flor de recuerdo las peculiaridades y las fórmulas del coloniaje para que fuera posible sustituírlas bruscamente por otras improvisadas.

Los mismos cantos de lucha fueron en general páginas vacilantes, de un patriotismo estridente y de un orgullo desproporcionado á la importancia de las pequeñas naciones que los esgrimían. También es verdad que si las estrofas rodaban con demasiado estruendo, si las arrogancias decían más de lo que era dado mantener y si las figuras retóricas se presentaban un tanto orladas de espuma y de relumbrón, la culpa no era toda de los poetas locales, sino del romanticismo que ya apuntaba en Europa.

De cualquier modo, la época revolucionaria no dió á la literatura, — porque estas cosas han de ser vistas universalmente y porque las reputaciones sólo con-

servan su prestigio cuando lejos de ser hechas por comparación con las nulidades del terruño, pueden vivir equiparadas á lo bueno de los otros países — la época revolucionaria, decimos, no dió á la literatura ninguna obra durable. No negamos que en la revuelta actividad de aquel periodo flota más de una página elocuente y llena de vida, pero son rápidas excepciones intermitentes que se ahogan entre las palabrerías de la época. Y sin amenguar la importancia del gran sacudimiento histórico, ni parecer desdeñar á los hombres que nos dieron con la libertad la posibilidad de forjarnos una patria, podemos decir que de todo ello entrará mucho en la historia, pero no quedará nada en la literatura.

VI. — LA INTELECTUALIDAD AHOGADA POR LAS REVOLUCIONES.

Desmelenadas, sedientas de acción, con el impetu de quien recupera la libertad después de una esclavitud larga, aquellas sociedades, demasiado precoces para ser reflexivas, demasiado ardientes para ser justas, se lanzaron en tropel á explorar lo desconocido.

No hacemos historia, ni pretendemos estudiar en las breves líneas de un prefacio las agitaciones pavorosas y rudimentarias en que se ahogaron las energías nacionales durante esas épocas que podríamos llamar : la dictadura de la sombra. De nuestra juventud meditativa y documentada han de salir los sociólogos que hagan el proceso y estudien los detalles de esa revolución, que hizo de América el vórtice de todos los conflictos embrionarios. Pero, ¿cómo trazar sucin-

tamente el cuadro de la intelectualidad sudamericana y apuntar los orígenes y los antecedentes del movimiento actual, sin echar una ojeada sobre incendio donde se abrazaron varias generaciones y en donde forjó el Siegfried de nuestra nacionalidad su propia espada? Esta introducción sería incompleta si no dejásemos entrever las zonas dolorosas por que tuvo que atravesar el espíritu hispanoamericano antes de posesionarse de sí mismo y de salir á la luz.

Abandonad á un adolescente en plena selva, en mitad de la noche; poned á su alcance las iras, las ansias, las debilidades, los heroísmos, el amor y la locura; haceldle oír todas las voces; abrid las puertas de la generosidad, del interés, del valor y del miedo; y tendréis una pálida imagen de lo que fué durante largos años la América del Sur después de la independencia. En éstos el sacrificio, en aquéllos el deseo de mandar, en otros la preocupación generosa de los destinos de la patria, todo concurría á hacer de cada hombre un fermento de motín que daba nacimiento á avalanchas irreconciliables. La aldea por sus fueros, la provincia por sus ambiciones, la pequeña patria por sus desconfianzas y la región entera por su inquietud y sus antagonismos múltiples, eran un tejido espeso de luchas pequeñas ó grandes, pero todas confusas, incongruentes, vacías y — consideradas serenamente, desde la imparcialidad de nuestra generación, — culpables. Aquí una insurrección de campanario, allá una rivalidad entre dos jefes, más lejos un conflicto de instituciones, á la derecha una guerra nacional entre lo que pretendían ser dos patrias, á la izquierda una civil entre lo que pretendían ser dos gobiernos, hoy una batalla, mañana una ejecución, y todos los días sangre,

violencia y exterminio; la vida era un vértigo de demencias agitadas en ciudades de gobierno inseguro y en países de límites inciertos que se modificaban y se transformaban ora en un sentido, ora en otro, dejando á los hombres en la situación desconcertante de una hoja en medio del huracán. La fuerza lo dominaba y lo dirigía todo, sin atender á las débiles voces de protesta que debieron hacerse oír, pero que ahogó el ruido de la pólvora y el fragor de los combates. La vida pertenecía á los más hoscos, á los más violentos, como la fruta, la mujer ó la choza pertenecían á los más fuertes en las selvas oscuras, de las edades primitivas. Porque peor que el salvajismo de las costumbres es salvajismo de los instintos; y los hombres que vestían á la europea, que habían estudiado en muchos casos en las universidades más célebres, que eran cultos y afables en la vida interior y que tenían las necesidades materiales y los gustos finos de cualquier civilizado, se abandonaban á vehemencias tan incomprensibles, á atropellos tan confusos, á violencias tan bastas, á un hervidero tan destructor y tan estéril de energías rotas, de debilidades triunfantes y de instintos imperiosos, que se hubiera dicho que en el fondo de cada uno, vestida de aspiraciones, transportada al reino interior, pero implacable y odiosa como siempre, resurgía y alzaba las fauces la horrible bestia ancestral.

Pero si todas las pesadillas tienen fin, ¿cómo no había de tenerlo aquella que enloquecía y ensangrentaba á la mitad de un continente?

VII. — LAS PRIMERAS LUCES.

Hay hombres que son como una mano que indica un camino.

En la América del Sur, atormentada y revuelta por el hervidero destructor y al propio tiempo fecundo de todo lo que empieza á nacer; en aquella vasta llanura de pueblos agrietados por pasiones violentas que hallaban campo fecundo en el inevitable desorden creado por el movimiento emancipador; contrastando con el apresuramiento, las ambiciones subalternas y la falta de preparación de los caudillos, comenzaron á encenderse grandes hogueras de razón que moderaron el pánico de la inmensa multitud acampada en la noche y la hicieron vislumbrar los rumbos hacia los cuales tenía que encaminarse.

De la rebelión confusa surgieron las conciencias que debían dirigirla serenamente hacia los puertos presentidos. Entre el clamoreo de las querellas y el fragor de las armas borrachas de destrucción, apareció el *labarum* de la nueva vida. Las esperanzas inseguras, los anhelos interiores, las aspiraciones inconscientes y flotantes cuajaron en un molde definitivo. Y en una docena de nombres se sintetizó el despertar de la raza, el gesto seguro que le debía conquistar los derechos finales de nación y el capítulo en la historia. La primera etapa de la revolución, la que creó una tierra libre, había concluído y empezaba la segunda, la que debía darnos una sociedad organizada.

Calmado el tiroteo de las guerrillas, contenido el ímpetu devastador que arrebataba á los hombres, conquistada la paz transitoria que daba tregua á la

incertidumbre y á la inquietud de las ciudades, afirmada la nacionalidad por las instituciones, trazado en fin el perfil de la patria durable, la intelectualidad comenzó á brillar en la quietud, como brilla la luna en las noches apacibles. Á las conmociones de la época terciaria, había sucedido una atmósfera propicia y un suelo seguro. Asomaba una vida normal...

No todos esos benefactores de la región han alcanzado la fama que merecen. Ha sido necesario que algunos escritores extranjeros nos campaneen sus glorias (como ha hecho recientemente D. Miguel de Unamuno con Sarmiento), para que empecemos á concederles en nuestros panteones obstruídos por dioses falsos, el lugar que legítimamente les corresponde. Pero los espíritus se impusieron antes que las inmortalidades; y todo el movimiento de renovación, toda la vida fundamentalmente *nuestra*, toma origen en esos cerebros altos, en esos escultores de mundos, que como el primer hilo de agua que nace de las cumbres, cobra caudal, se ensancha y se convierte en río, despertaron á las regiones, fueron el primer torrero y descubrieron la llave de oro del porvenir.

Fuera de la literatura, que podríamos llamar política y social, fuera de los discursos parlamentarios, de las polémicas periodísticas, de los folletos de circunstancia y de los libros graves en que se trataba de aplicar al continente las conquistas administrativas y sociales de Europa, aparecieron otras formas esencialmente artísticas. La poesía, la novela y la historia empezaron á dar sus primeros grandes brotes. Fue como una iluminación de la raza. El arte inmortal, la razón y la belleza se alzaron por sobre las iras y por sobre los apetitos, como banderas de parlamento.... Si la modalidad primera reapareció intermitente-

mente, fué como esos recuerdos an cercanos que se convierten en imagen. Los cataclismos geológicos de la época en que la América del Sur había sido un mundo en formación, lleno de monstruos que se entredevoraban, habían pasado para siempre; y, tímida aun, con hondos desfallecimientos y mudas perplejidades, pero abierta de sus destinos, comenzaba á surgir la segunda patria.

VIII. — LA LITERATURA DE IMITACIÓN

Quando empezó á imitar á Quintana y á Zorrilla, que imitaban á su vez á Víctor Hugo y á Lamartine, la América del Sur había cambiado de aspecto. Aunque no habían desaparecido sus peculiaridades revoltosas, comenzaba á asentarse y á tomar, bajo la presión de los hombres nuevos que trataban de conducirla, su verdadera forma de continente organizado.

Este período, que llamaremos de imitación directa, en contraposición al actual que es de imitación aplicada, no ha dejado ninguna obra fundamental que pueda salvar los límites de la región en que fué concebida. Suscitó poetas y prosistas de mérito, dió nacimiento á algunos libros ingeniosos que perdurarán como antecedente en las literaturas locales y ocuparán un puesto de honor en las grandes antologías, pero ni reveló uno de esos hombres-reyes que se imponen en medio de la universalidad de su época, ni dió lugar á uno de esos grandes movimientos homogéneos que valen por su conjunto y por la simultaneidad de sensación que exteriorizan.

El mal no estaba precisamente en imitar, sino en imitar sin fuerza para acercarse al modelo y robarle

un poco de su alma. Además los hombres no tomaban la pluma con la ambición y el pensamiento fijos en el mundo, sino con el pequeño orgullo despierto á los posibles comentarios del círculo ó de la aldea. De ahí que sus obras (aun las que por su índole eran de interés general y de espíritu superior) dejen entrever no sé que timidez de provinciano que, antes de arriesgar un saludo, pasa revista á las objeciones de sus convecinos. Negaban expresión, callaban, escondían, consideraban como inexistentes todos los sentimientos, imágenes, ideas ó expresiones que no estaban sancionados por el ambiente local. Vestían pensamientos á la moda, pero no ensayaban sinceridades. La literatura era además un traje de domingo que muchos llevaban intermitentemente y que ninguno adoptaba en definitiva. Lujo y adorno de diletantes más ó menos felices y bien dotados, sólo resultaba en general un *à coté* socorrido, un talento de sociedad y un « yo también sé hacer eso » que atraía las miradas de las hermosas. De ahí que nuestro pasado literario sea tan superficialmente impersonal. Exceptuando algunas obras rarísimas que fueron como el primer balbuceo de lo que empezamos á decir hoy, toda la literatura parece haber sido escrita como lujo, para llenar las páginas de un álbum y hacer buena figura en un torneo social. Los escritores, — no diremos los profesionales, porque la palabra parece llevar en sí cierto sentido de especulación que no traduce á nuestro pensamiento, — los escritores que no son más que escritores, resultan en Sud América una novedad de nuestro siglo.

Por otra parte, los hombres que, al « cultivar las bellas letras », como por entonces se decía, dieron nacimiento á la literatura de imitación de que venimos

hablando, no tenían ideas muy claras sobre la obra que se proponían realizar.

Imitadores en lo que se refiere á los procedimientos, los gustos y los clisés, eran independientes, quizá á pesar de ellos mismos y á menudo por falta de conocimiento, en lo que respecta á la lengua. Si escribían en mal castellano, no era con el fin de renovar el idioma, sino porque no sabían hacerlo mejor. Pero ese ataque al « purismo » y esa guerra declarada involuntariamente á los vetustos moldes académicos, fué el primer paso dado en favor de lo que podemos llamar nuestra emancipación lingüística. Ya he tenido ocasión de decir¹ lo que ocurre con el castellano y el

1. « El « casticismo » ó para ser más exacto, el « academicismo », es sólo una manifestación de la enfermedad que roe á España, porque, si bien se mira, el apego á los viejos procedimientos literarios y á la antigua manera de expresión sólo es una forma del espíritu conservador. La lengua está desde hace algún tiempo estancada, inmóvil; no evoluciona con la época y se anemiasa más y más todos los días. Se van borrando palabras por desuso y no se reponen. El idioma resulta ser como un jarro que pierde el agua por las rajaduras del tiempo, pero que no recupera la que pierde, porque nadie vierte agua nueva en él. De suerte que si alguien no lo remedia, llegará un instante en que será tan pobre, que tendremos que hablar como ciertas tribus salvajes, con clisés aproximativos. El purismo hace tales estragos, que un español deja á menudo de decir una idea, sacrifica un pensamiento, porque no encuentra en sus recuerdos una fórmula clásica en que verterlo. Hay muchísimas ideas y objetos que no tienen palabras que los traduzcan con precisión y rapidez en español. *Boudoir, prélèvement, chalet, enhardir*, etc., carecen de equivalente. Muchas veces hay que dar un rodeo y servirse de numerosas palabras para indicar una cosa que se dice en dos sílabas en francés ó en inglés. Otras hay que emplear expresiones absurdas como *mechero de gas* para designar el pico de luz de un sistema de alumbrado que ha hecho casualmente innecesaria la mecha. Para ser breves, muchos escritores jóvenes se han visto obligados á adoptar voces que no contiene el diccionario, como *bulevar*, etc. Porque, después de todo, no es lo

peligro que le amenaza si persistimos en detenerlo en un momento de su evolución.

De ahí que la indolencia para consultar el diccionario de que dieron testimonio aquellos escritores, haya sido de resultados excelentes para la literatura sudamericana. Nuestra generación ha venido á completar á sabiendas esa obra, renovando el lenguaje, aligerando el estilo y modernizando los medios de expresión hasta ponerlos en consonancia con la época. Pero no es posible olvidar que los que más trabajaron en favor de la reforma fueron los escritores de imitación que, ignorantes á menudo de las reglas sancionadas, las suplían á su antojo, y á veces con muy buen tino, iniciando por insuficiencia una evolución que debía completarse por convencimiento.

IX. — LOS PRIMEROS « PERSONALES » Y LA CONFUSIÓN DE TENDENCIAS

La ausencia de color personal hacía que todos los escritores sudamericanos se confundieran en un parentesco gris. Pero las emociones inciertas de un alma de transición no consiguen nunca engendrar otra cosa; y aquellos hombres no podían empeñarse en hacerse una originalidad antes de que la originalidad brotara del medio.

Por otra parte, no había en América la intensidad y el empuje sostenido de producción que nos maravilla en Europa. Los autores, fuere á causa de la des-

propio que las ideas estén al servicio del lenguaje, sino el lenguaje al servicio de las ideas.»

VISIONES DE ESPAÑA,
Semper y Cia, editores, Valencia.

preocupación nativa, fuere por falta de editor¹, fuere porque se sentían desanimados ante la indiferencia del medio, dormitaban en la inacción y componían sus mejores libros imaginariamente. No vamos á repetir el clásico lamento sobre el triste estado en que yacían por entonces las especulaciones artísticas. En ciertos siglos de la literatura española no fué posible hacer sonetos sin estrambote, y de determinadas épocas de la nuestra parece locura hablar sin desatar llantos largos sobre la situación en que estuvo.... Tengamos el optimismo de los que están seguros del porvenir... ¿Fué ese abandono tan completo como algunos afirman? Es indiscutible que el

1. Esto de los editores es uno de los impedimentos con que tienen que luchar por ahora los autores sudamericanos. Los que han llegado á cierta notoriedad los encuentran fácilmente en Europa, pero los demás se ven obligados á pagar sus propias ediciones. Causa extrañeza en Francia y en España que en ciudades de la importancia de Buenos Aires, Santiago ó Montevideo no haya todavía un editor ilustrado capaz de reunir y popularizar á los jóvenes. No hablamos de un librero que haga *semblant* de editar, sino de un verdadero especulador que adquiera realmente las obras y dispute el mercado á las casas exportadoras de Barcelona y de Madrid. Quien intente esa empresa y la conduzca con decisión lleva ganada una fortuna. Porque siendo cosa probada que la inmensa mayoría de lo que se imprime en Barcelona y en Madrid se vende en América, y resultando el consumo americano la principal base de vida de las casas editoriales de la península, no hay razón para que pierda dinero el industrial que elabore en el Nuevo Mundo el artículo que nos vemos obligados á traer del viejo. Intentar la aventura sería triunfar, — á condición de no ofrecer los volúmenes churriguerescamente, llenos de esos cromos y alegorías que parecen hechas con el fin de desanimar al cliente y hacerle renunciar al propósito de adquirirlos. Porque los empresarios, de belleza son á menudo enemigos de la belleza; y cuando no pueden quitar ó lacerar la que hay en las páginas, tratan de envolverla por lo menos en una encuadernación de mal gusto para hacerse perdonar lo que imponen de excelente con lo que dan de mediano.

arte no ocupó en nuestras preocupaciones todo el lugar que hubiera sido de desear. Pero la apatía intelectual de esos años no es tampoco tan inexplicable como se ha dicho.

Según Remy de Gourmont, « cuanto más trabaja el escritor menos apto se encuentra para hacer buena figura en las diversas manifestaciones de la actividad humana ». Quizá debido á ese detalle no se trabajó más en América. No todos los cerebros pueden unirse á una actividad ininterrumpida, sin caer en ese abatimiento y en esa neurastenia que son tan comunes entre los trabajadores intelectuales. Ahora bien, como en los países del nuevo mundo se apreciaba y se aprecia más la actitud enérgica y la agilidad en la conversación que los artículos y los libros, muchos prefirieron á la satisfacción modesta de escribir obras difíciles, esa satisfacción más brillante de hacer « buena figura en las diversas manifestaciones de la actividad humana ». Porque el lector que coge desdeñosamente un volumen y lee algunas líneas pensando en otra cosa, no se da cuenta siempre de la labor que ellas suponen. El público concibe que un labrador tropiece de fatiga al volver á su hogar después de diez horas de trabajo, pero juzga ridículo que un escritor tenga los ojos huecos y la atención ausente después de extraerse el jugo de treinta páginas.

Es por eso que la producción fué insegura en América. Amenazados ó temerosos, todos trataron de conservar esa movilidad de espíritu y esa aptitud para comerciar con sus semejantes que se entorpecen casi siempre con la producción y con el estudio.

Sin embargo, así que se modificó un tanto la atmósfera social, no tardaron en aparecer los primeros « personales ». En los países en que sólo se abrían

los periódicos para saber cuantas habían sido las víctimas del último crimen, quien sería el futuro presidente y donde estallaría la próxima revolución, nació un vivo interés por el movimiento literario universal y los hombres comenzaron á apasionarse por todos los problemas que conmovían á Europa. De ahí á tener verdaderos intérpretes regionales de los ensueños y las aspiraciones del siglo, sólo había la distancia de una conformación cerebral. La tierra estaba removida. Sólo faltaban los talentos que debían absorber y reunir sus palpitantes gérmenes para hacerlos florecer al sol.

Entonces, como en una casa donde se abren todas las salidas y se arremolinan todos los vientos, empezó una confusión de tendencias que los años debían calmar y reunir después en una sola. Unos fueron parnasianos, otros fueron griegos, otros persistieron en el romanticismo y otros por fin se hicieron tendenciosos, pensando que la ironía y la elegancia de pensamiento ganan al brotar de la pluma de un partidario, como ciertos encajes cobran mayor valor al ser aplicados sobre una tela oscura.

Dado que España había perdido la hegemonía intelectual después de haber perdido la hegemonía política, y dado que todo contribuía á acentuar la orientación hacia Francia, la América del Sur tenía que pasar por la misma desorientación que trabajaba por entonces á este país. En arte como en política, hay momentos en que lo establecido se desmorona y anuncia un derrumbe irremediable, sin que nadie pueda descubrir aún en beneficio de quienes se consumará la conmoción, ni de que cementerios del pasado ó de que cunas del porvenir vendrá lo que debe sustituirle y ser á su vez verdad pasajera.

X. — LOS SIMBOLISTAS Y LOS DECADENTES REFLEJADOS EN AMÉRICA.

Las extrañas escuelas literarias que, nacidas en un momento de cansancio, abrieron en Francia una era de renovación, removieron las sensaciones y el estilo, generalizaron una mentalidad nueva aunque un tanto enfermiza, y dejaron de su paso ruidoso una estela de luz y de sombra, un armorial de talentos estimulados artificialmente y una influencia insegura que, si ha contribuido á determinar la libertad y la audacia de ahora, detuvo en cierto momento la circulación normal de la vida, se reflejaron del otro lado del océano con todos sus errores y todas sus excelencias, dando nacimiento á una literatura especial que, exagerada por el meridionalismo de la región, reinó durante largos años en medio del asombro de un público poco preparado para los rebuscamientos y para las perversiones.

La aparición del simbolismo y del decadentismo es el acontecimiento más notable y en cierto modo más feliz de la historia literaria de sudamérica. Es el punto que marca nuestra completa anexión intelectual á Europa. Es el verdadero origen de *nuestra* literatura. Y si se pueden condenar sus excesos, sus preciosismos y sus aberraciones morales, nadie puede negar su eficacia transformadora, ni desconocer su influencia sobre el desenvolvimiento posterior de la intelectualidad del continente. Esas escuelas, cuyos rebuscamientos exquisitos y cuyas delicadezas morbosas parecían estar en contradicción con el espíritu del país, sacudieron el porvenir dentro de las almas,

despertaron deseos y sensaciones nuevas, depuraron el gusto, alejándolo de la vulgaridad que había imperado hasta entonces, hicieron entrever sinuosidades y bellezas de estilo y de expresión que no se habían sospechado, y abrieron un campo vastísimo á la inquietud confusamente creadora que brotaba como una reacción del osario de las revoluciones.

El movimiento, en sí, despojado de las jactancias, los excesos y los arrebatos á que dió lugar, reducido á la esencia de lo que fué en su origen, no podía resultar más que benéfico, porque marcaba la desaparición definitiva de las supervivencias españolas y el advenimiento tangible de una conciencia literaria regional, suscitando al propio tiempo una floración de independencias coordinadas que, por distintos caminos, cada una según su entender, concurrían á crear una literatura nueva.

Los « decadentes » como se les llamó al principio con desprecio y con admiración después, determinaron la actividad literaria más intensa y más rica en resultados que se haya hecho sentir en la América del Sur. Con ellos cobró la lengua un empuje, un matiz, una precisión y una novedad que la transformaron completamente; con ellos descubrió el pensamiento, hasta entonces estancado en los lugares comunes de la retórica, innumerables filones de belleza inexplorada; con ellos se abrió sobretodo la era del individualismo literario y se consumó la emancipación del estilo.

Seríamos injustos é ingratos con nuestros predecesores si no reconociéramos que si ha podido nacer nuestra literatura de hoy y si se abre paso y se impone, es porque ellos nos prepararon el camino y nos entregaron en el dintel de nuestra vida consciente todas

sus conquistas realizadas y todas las armas que habían conseguido forjar. Descendientes de ellos por orden cronológico y por filiación intelectual, pero separados de su obra por otra evolución y por nuevos ideales, nos complacemos en repetir aquí la admiración que nos inspira el movimiento que encabezaron y que desvió después.

Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí, y Rubén Darío — este último sobretodo, — fueron los primeros introductores en la América del Sur de las tendencias que representaban en Francia Verlaine, Moreas, Mallarmé y Rimbaud, inspirados á su vez contradictoria y confusamente en Baudelaire, Banville y el marqués de Sade. No haremos notar, porque salta á los ojos, lo que tenía de artificial el intento. Implantar en un continente joven, desbordante de salud y de savia, el producto de la fatiga de una civilización secular, era tratar de envejecer á un niño. De ahí que de este discutido empuje no retengamos nosotros más que la libertad de lenguaje, la delicadeza de expresión y las audacias de factura, sin aceptar, ni con mucho, su enfermiza orientación moral y sus tendencias disolventes.

La excelencia de la revolución residió sobretodo en la asombrosa floración de talentos vigorosos y originales á que dió lugar. Si algunos se entregaron á la docilidad y al renunciamento de las imitaciones, muchos supieron aprovechar la libertad y hacerse con ella y dentro de ella una vida propia. Antes que imitar á los imitadores, valía más ir á consultar los modelos en que aquellos se inspiraban. Y los poetas originales comenzaron á surgir al fin, armados con armas nuevas.

Más tarde, cuando después de una dictadura brillante y fugaz, el decadentismo y el simbolismo mu-

rieron en Francia, lo natural era que perecieran también en América. Sin embargo, algunos creyeron darles nueva vida exagerándolos. Todas las mediocridades impotentes disfrazadas de genios enemigos del vulgo; todos los escapados de la clínica; todos los *poseurs*; todos los malvados y todos los anémicos, se lanzaron en tropel y se repartieron, en una orgía de vanidades, de inconsciencias, de ignorancias y de instintos, los trozos multicolores del traje abandonado. Como los que adoptan las modas de desecho para maravillar á las merceras de lejanos villorrios de provincia, se enorgullecieron con lo que desdeñaban los primeros propietarios. Llevaron al paroxismo los defectos de las difuntas escuelas. Se crearon un lenguaje grotesco; adoptaron los sentimientos, las pasiones y los vicios más incomprensibles; renunciaron á la razón y á la bondad como á cosas vulgares; y, encerrados entre muros de pesadilla, persistieron en divagar sus incoherencias....

Pero la salud de los fuertes se sobrepone á la intoxicación.

Del decadentismo y del simbolismo, que no tuvieron nada que ver con estas excentricidades póstumas, la literatura sudamericana se había asimilado lo que convenía, y, sujeta al movimiento, como todo lo que vive, levantaba la proa hacia otros horizontes, abandonando á los retardatarios y á los enfermos, bajo cielos oscuros, en las playas muertas.

XI. — EL ESTADO ACTUAL.

Un estilo conceptuoso y ágil, que sin dejar de ser moderno y caprichoso, encuentra medio de ser castizo y acompasado y que parece un llano de Castilla

rejuvenecido por las flores de París; un idioma que sólo conserva de Cervantes lo que Flaubert permite; una sabia elasticidad de forma que se ajusta á todas las situaciones y serpentea reposadamente con el ritmo de lo equilibrado y de lo estable; una libertad de giros y de vocabulario que se enriquece todos los días sin romper con los principios esenciales de la gramática, pero sin dejarse tiranizar por ella: tal es una de las características, la principal quizá, de nuestra literatura reciente.

(Estas audacias han merecido las censuras de algunos escritores españoles. Pero no puede ser intangible una lengua que contiene millares de voces árabes y latinas. Proscribir las formas extranjeras, cerrar las puertas del castellano á todo lo moderno, sería suicidarse. Es verdad que las palabras *campañadas*, *campear*, *canas*, *cañavera*, *carinegro*, *cartear*, *cencerrada*, *cimentar*, *desenconar* y cien otras son genuinamente españolas y no tienen traducción inmediata en francés. Pero en cambio de ellas hay en aquel idioma más de mil que no se pueden trasladar castizamente al castellano. Los puristas nos dicen: imitemos á Cervantes. Pero Cervantes, si existiera hoy, ¿escribiría como escribió en su siglo? Los verdaderos escritores, que se han reído siempre de todos los arrendajos de la gramática, no pueden subordinar su empuje á los caprichos de una Academia que aborrece cuanto lleva el sello de una personalidad vigorosa. Claro está que para tener talento no basta escribir en mal castellano, hacer contorsiones con el estilo y crear palabras inútiles para expresar cosas que ya tienen representación en la lengua. Pero el mejor mérito del que escribe consiste en saber discernir libremente cuales son las innovaciones

necesarias y cuales las inútiles, en alcanzar esa difícil serenidad de juicio que nos permite ver, como desde una altura, por encima de las modas y de los apasionamientos del instante, las formas claras y precisas de la belleza inmortal.)

La segunda característica es la preocupación por las cuestiones sociales.

(Se me dirá que si se hacen afirmaciones es por la parte negativa que ellas contienen y que el socialismo de muchos significa hostilidad á lo existente sin adelantar acatamiento á lo por venir. Se me observará que sólo aman en él la hostilidad que opone á la burguesía... Pero no es discreto juzgar las intenciones y los que depreciaran un acto argumentando el origen, serían como los que negaran la utilidad de la lluvia porque ésta es producto del vapor y el vapor no puede servir para rejuvenecer los campos. Por lo demás, las certidumbres son á menudo la osamenta de los espíritus. Y no es verosímil que la literatura se resienta de las serenas audacias del ciudadano. Antes bien, la prosa cobra mayor denuedo, porque un hombre acciona con más seguridad cuando siente bajo sus pies una base firme que cuando tiene que guardar el equilibrio sobre un oscilante hilo de plata. Llamemos aparte á cualquiera de esos escritores y aunque le asediemos con argumentos, nunca le haremos confesar su error. No porque ignoren el valor de las palabras, desconozcan la inevitable imperfección de los hombres y se obstinen en su frase como los políticos á ras de tierra, sino porque entienden que al obrar así encontraron el desenlace de su obra. Del ramillete de ensueños surgió la ansiada afirmación. Poco importa que ciertas concepciones radicales no concuerden con las de la mayoría. Siempre que la violencia esté en las ideas y

no en las palabras, caben dentro de la literatura. Sin contar con que hasta los arrebatos más vivos y las audacias peores estarían justificadas por la injusticia reinante, por la maldad que nos ahoga, por el limo de arbitrariedades y de torpezas que arrastra en su corriente nuestra pobre humanidad. Confieso que los volúmenes en que cada página es un gesto de desafío componen una literatura correntosa y desigual que no es la que más simpatías me inspira porque trae más pasión que reflexión, pero no es posible negar belleza á esas grandes valentías del estilo. Hay temperamentos estridentes que han abierto para la ironía sangrienta y la recia arremetida. Si á veces son injustos ó caen en el error, hay que tener en cuenta al excusarlos la precipitación y la violenta ingenuidad con que escriben. Son almas excesivas que tienen que verlo todo en tinta roja.)

La tercer característica es el culto de los grandes autores, substituído á la admiración por los incompletos y los frustrados.

(Durante largo tiempo la juventud sudamericana, á imitación de la francesa, fué hostil á todos los talentos vigorosos que se apoderan del gran público realizando una obra vasta y dominadora. Los únicos que merecían su atención y sus elogios eran los miniaturistas, los unilaterales, los exquisitos que, para esconder quizá su falta de concepción general, se refugiaban en rarezas y en detalles. El gesto amplio que empieza á cobrar la literatura hispanoamericana y el vigor normal que anuncia su robustez creciente, marcan el fin de los diletantismos y la madurez de una fuerza que se posee á sí misma y empieza á esculpir en mármol.)

La cuarta característica es la tendencia á utilizar

como elemento de arte *européo* los asuntos nacionales.

(Muchos escritores sueñan en unir al espíritu de las diversas peculiaridades modernistas algo de esa extraña y melancólica modalidad de expresión que surge del silencio de nuestras inmensas llanuras y del rodar espumoso de nuestra vida heterogénea. Á mi juicio, en arte no caben naciones, sino temperamentos. Soy enemigo de las literaturas estrechamente locales porque los hombres de hoy se saludan por encima de las fronteras y el arte es universal y eterno. Pero todos los asuntos cuadran dentro de él. Y no hay razón para que teniendo á nuestro alcance filones inexplorados, perspectivas inexpresadas y caracteres nuevos, vamos á buscar sistemáticamente nuestros personajes, nuestras pasiones y nuestros panoramas fuera del país, dejando sin voz á todo el torrente de vida y de naturaleza que bulle en torno de nosotros. El poeta se siente atraído por las grandes extensiones de la Pampa, donde el sol pende de la línea del horizonte como una linterna roja, donde el galope del caballo despierta sombras en la planicie y donde mientras la noche avanza como un espectro de lo desconocido, parece surgir la voz de las razas exterminadas en nombre de la civilización. La naturaleza llora mejor que los ojos y un paisaje hace sufrir á veces más que un dolor personal, porque éste representa un sufrimiento limitado y aquél una angustia infinita. De ahí que los silencios de la Pampa inspiren una sensación nueva que los escritores no han traducido aún completamente. Y de ahí que ese estremecimiento del paisaje, así como las costumbres típicas y todo lo que hay de impresionante en el alma y en la fisonomía de la región, merezcan el comentario de los poetas que, sin renunciar al arte

universal y sin caer en localismos estrechos, están tratando de incorporar á la literatura común las modalidades, el ambiente y los tipos de su país.)

Estas cuatro características, — perfeccionamiento del estilo, — interés por las luchas sociales, — orientación hacia la literatura normal — y regionalismo inteligente, — bastan para definir un movimiento y crear un gran grupo con fisonomía propia. Por eso hemos creído necesario, — aunque no todos coinciden en la totalidad de estas afirmaciones, y cada cual tiene sus preferencias y su matiz personal, — por eso hemos creído necesario, decimos, reunir en una pequeña antología el pensamiento colectivo, — múltiple en sus detalles, pero armónico y concordante en las grandes líneas, — de la generación que triunfa. No podían detenernos falsos orgullos, ni amedrentarnos posibles susceptibilidades de preeminencia. Desdeñamos las armas pueriles de silencio que sólo consiguen hacer resaltar las proporciones de los escritores, como la montaña se destaca á causa del vacío que la circunda, y á nuestro entender, obreros como somos de un gran trabajo colectivo, todos debemos fraternizar en una especie de comunismo de las ideas. Además, los fines por que luchamos están por encima de los hombres y de las pasiones del momento. Porque hasta en la modestia, no exenta de orgullo, con que hemos ido á buscar á cada cual á su retiro para traer fragmentos de su pensar á esta obra común, edificada con el alma de todos, hay un indicio de lo que caracteriza á la juventud de hoy, más atenta á la bondad de la obra que á los detalles del propio encumbramiento.

XII. — LA OBRA DE LOS JÓVENES Y EL PORVENIR

Al conquistar nuestro derecho á entrar en el concierto de las naciones ilustradas y á fundirnos en la humanidad pensante, podemos decir que nos hemos hecho una bandera con la pluma. Otros forjaron la nacionalidad geográfica, otros nos dieron nuestros límites, otros prestaron forma material al anhelo confuso de vivir que trabajaba á las antiguas colonias; pero la verdadera patria moral, la verdadera mentalidad activa, la que amalgama, la que se difunde, la que concilia las voluntades, esa la hemos creado nosotros. Con la materia prima de saber, recibida de Europa, hemos conseguido fabricar productos que llevan nuestro sello, que sitúan un país, que repican un alma nueva. En una generación ha florecido una historia, y la savia contenida, que trabajó en la obscuridad durante un siglo, ha venido á estallar y á abrir sus brotes de porvenir en la comarca atormentada. Del hervidero confuso de la gestación se ha desprendido la vida triunfante. Las incertidumbres juveniles se han trocado en paso seguro. El clamoreo se ha convertido en voz. Y ya nadie puede poner en duda que ha nacido un país y que hemos vencido los tres obstáculos capitales: tener una tierra libre, una sociedad organizada y una intelectualidad activa.

Fraccionada arbitrariamente en naciones pequeñas, que el buen sentido acabará por reunir, mal cohesionada aun, con la inestabilidad y los defectos de lo que acaba de salir del molde, la América del Sur empieza á dejarse elevar hacia sus destinos. Nuestra vida social ha sufrido una gran transformación y ello

ha dado nacimiento á otros principios directores. En vez de amotinarnos para derribar gobiernos, empezamos á reunirnos para abrir canales, iniciar ferrocarriles, crear bibliotecas y dirigir la vida. Los prejuicios sociales se atenúan, los partidos se orientan hacia las discusiones de principios y hasta la educación, antes irracional y limitada, empieza á alcanzar la amplitud que conviene á un pueblo que surge. El diletantismo de retores, la ignorancia de nuestros propios destinos, la afición á los adornos, la necia vanidad que nos llevaba á aprender latín antes de saber geografía, está cesando de oponerse al progreso. No diré que todo reside en la educación y que se pueden manufacturar los caracteres, pero está fuera de duda que cabe modificarlos, sometiéndolos á una gimnasia de la voluntad. Y ésa es la obra que estamos emprendiendo.

Empujadas por una generación resuelta, que ha aprendido cuanto hace la superioridad de la vida de Europa y que tanto en las ciencias como en el arte empieza á dar la medida de sus esperanzas, las pequeñas repúblicas de la América del Sur consuman hoy una evolución en muchos puntos parecida á la que realizó el Japón recientemente. Las ironías clásicas con que Europa nos saluda desde hace tanto tiempo, dejarán de tener aplicación muy pronto. Se acerca para ella el instante de rectificar sus ideas preconcebidas, porque con una alma nueva, empieza á nacer un pueblo consciente de su valer y de sus destinos.

Reunida y confederada por la razón y por las exigencias mismas de su defensa nacional, despojada de los últimos residuos del caudillaje, elevada por la justicia, por el orden y por la libertad, la América del Sur, donde se han confundido todas las nacionali-

dades y todas las razas, será bien pronto una síntesis del hervidero humano y la expresión triunfante de su conjunto. Y las bellas letras, vigorizadas por la salud y la alegría creadora del medio, cobrarán un empuje tan definitivo, que no es difícil entrever el advenimiento de una gran literatura inesperada y original que, por su expresión moderna y por sus particularidades nativas, conquistará un puesto á parte entre las del mundo civilizado.

Bien sé que faltan aún las obras definitivas y no ignoro que nuestro optimismo pudiera parecer aventurado y paradójal; pero ¿de qué nos serviría ser artistas, es decir, centinelas avanzados, si no supiéramos presentir los florecimientos próximos? Todo está maduro, no diré en la América del Sur, porque las pequeñas repúblicas no han progresado paralelamente, pero sí en ciertas regiones de la América del Sur, para facilitar el triunfo de grandes energías removedoras de verdad y de ensueño. Se diría que el continente tiende el oído acechando las voces que no dejarán de resonar. Se siente en derredor como un recogimiento ansioso de pueblo que aguarda á los que deben traducir y revelar sus inclinaciones hondas y sus impetus inexpresados. Y como los hombres excepcionales no son más que un producto del medio, que los da á luz para llenar una necesidad colectiva, no es locura vaticinar que surgirán muy pronto las fuerzas nuevas que deben responder al llamado de la multitud y servir de voz á los que no la tienen.

La efervescencia intelectual, la curiosidad artística, las mismas recientes realizaciones parciales, llenas de atrevimiento y de vigor feliz, nos dan la seguridad de un movimiento triunfante y definitivo que hará surgir de pronto un remolino de luz. Todo ello habrá sido

preparado ó iniciado por nuestra generación, que ya presenta el núcleo brillante y victorioso que podemos estudiar en esta pequeña antología. Pero en el dintel de nuestros veinte y nueve años, maleables y en formación como estamos aún, no debemos sacar de ello una vanidad que sería pueril y prematura. La obra concluída no es más que un escalón para ver más lejos y ensanchar las proporciones de la siguiente. Mientras no hayamos conquistado á nuestros países su puesto en la literatura universal, mientras no hayamos dado á nuestra región su título y sus insignias de creadora de belleza reconocida por todos, mientras no hayamos impuesto en Europa con una modalidad nueva un nombre luminoso, estará todo por hacer. Y aun después de haber domado así el éxito y de haber alcanzado en difíciles batallas lo que parecía imposible, el mérito, si le hay, será de la colectividad que nos formó y no de nosotros mismos, que el hombre sólo vale por el medio que representa y por su aptitud para perseguir la gloria de las inmolaciones altas.

MANUEL UGARTE.

París, Junio de 1905.